

La maravilla de las sombras eléctricas

De Bodo Traber

¡Le ví en seguida! El hombre con ese pelo gris y esas gafas grandes sentado ahí en el otro lado del tren entre dos chicas jóvenes. Le ví y no creí lo que veía. No era posible, pero no había la mínima duda: ¡Era Woody Allen! ¡Woody Allen en el Metro! ¡Quizá estaba en Madrid para rodar una nueva peli! Y quizá Scarlett y Penélope estaban también – claro que en seguida me encontré muy excitado y eché un vistazo de un lado al otro del tren, pero qué pena: ¡Ni Scarlett ni Penélope! Woody parecía estar totalmente solo. Y qué raro: Nadie en el tren parecía conocerle. Nadie miraba en su dirección. Nadie se daba cuenta. ¿Qué pasaba aquí?

“Próxima estación: ¡Tirso de Molina!” Gritó la voz automática. Y no tuve más tiempo para pensar porque, de repente, Woody se levantó y salió del tren. Espontáneamente me levanté e hice lo mismo. No sabía exactamente por qué lo hice, probablemente por curiosidad, pero ¡caramba! ¡Era Woody Allen! Woody Allen estaba en Lavapiés y yo quería saber ¡que hacía aquí! Se puede comprender, ¿no?

Le seguí escaleras arriba a través de la plaza de Tirso, donde casi le perdí entre la gente. Esa mañana en Tirso – lo que mis amigos madrileños llaman “La Plaza de Enrique” por un primo que había diseñado su arquitectura – muchos turistas visitaban su mercado de flores y el sitio estaba lleno como el rastro en el verano. Volví a encontrar a Woody en el cruce cerca del Cine Ideal y le ví entrar a un edificio que conocía muy bien. Es un templo para los aficionados de la cocina andaluza: La Casa Gambita, el famoso restaurante andaluz; famoso por sus tapas y su terraza con vista a los techos de Madrid. Ah, parecía que Woody tiene también buen gusto, decidí seguirle en la casa y tomé el ascensor en el piso quinto, donde ya me abrazaron los aromas de las gambas de ajo y de los pimientos de patrón. El sol sonreía

detrás de las ventanas, como siempre todas las mesas dentro y fuera estaban ocupadas y más huéspedes esperaban su turno en pie. En ese momento los ví y olvidé de respirar: ¡Los conocía! Conocía todas las personas aquí – estaba Penélope con Javier Bardem y Almodóvar tomando un vermouth en el bar; allí estaba George Clooney hablando con Nicole Kidman- los ojos de Nicole brillaban más azul que el cielo-, y allá sentados en la mesa grande estaban Cary Grant, Marilyn Monroe y Hitchcock... - ¡Uf! Un momento, por favor... tampoco era posible, ¿no? Porque claro que estaban muertos desde hace mucho tiempo. Marilyn murió ¡hace cincuenta años! ¡Quizás toda la gente aquí eran dobles! ¡Eran dobles de personas famosas del cine! Intenté preguntarlo a un camarero, pero eso es algo que se puede olvidar en la Casa Gambita: ¡El camarero nunca tiene tiempo aquí! Y en ese momento diez camareros traían un plato gigante con plátanos de la cocina. Y antes de poder preguntarme para quién eran estas bananas, una sombra cubrió el sol – una sombra tan grande que oscureció todo el barrio. De nuevo no creí lo que veía. ¡Era King Kong! ¡Era King Kong acercándose a la Casa Gambita! Y ahora comprendía todo. Solamente había una explicación... “Es un sueño, todo aquí es un sueño, ¿no?” le pregunté a Nicole y en su boquita apareció una sonrisa de otro mundo y sus ojitos miraron profundamente en mi alma. “Claro que es un sueño, bobito!” dijo riéndose, “¿qué has pensado tú?”

Me desperté sonriéndome. Qué absurdo sueño. Pero no era una sorpresa que lo soñara. Estaba en Madrid, que no solamente es la ciudad la más bonita del mundo, sino también un paraíso para los cinéfilos y los historiadores del cine, y esa noche quería quedarme con mis amigos e ir a la filmoteca para ver una película antigua. España es un sitio de una cultura del cine muy rica – la más variada de Europa al lado de Francia. De verdad, según unos artículos en El País sobre el problema de la piratería de los DVDs, los españoles van al cine dos veces más que los franceses. Hay libros en español sobre casi cada tema de la historia del cine. No los hay en alemán porque nadie los lee en Alemania. Hay películas de casi cada época de la historia del

cine en DVD. No los hay en Alemania porque la gente aquí solamente ve la mierda moderna de Hollywood. En el último otoño, cuando pasaba cuatro semanas en Madrid, me compré montañas de DVDs y estuve casi todos los días en la filmoteca – no era una sorpresa grande para la gente que me conoce. Hombre, había una retrospectiva de Richard Brooks y una de ¡Michelangelo Antonioni! ¡Claro que hay que verlo todo!

La sala de proyección de la Filmoteca Española se llama Cine Doré y está en la Calle Santa Isabel número 3 cerca de Ánton Martín. Cuando estuve en Madrid por primera vez me quedé en un hostel pequeño. La casera era cubana, con el pelo azul o naranja o ambos, no me acuerdo, y yo nunca entendía ni una palabra de lo que decía. El hostel tenía dos baños para todos los huéspedes, que eran obreros de Marruecos o Albania y estaba prohibido traer una mujer a la habitación. Se necesitaba mucha paciencia para tener agua caliente, pero era un sitio muy agradable y tan familiar que se conocía a todas las cucarachas por sus nombres y – ¡estaba directamente enfrente de la filmoteca! De verdad, todavía está allí. Desde mi balcón se podía ver el tráfico en Ánton Martín, el mercado de pescados y ese edificio bonito con la pared rosa y los caracteres y ornamentos blancos: El Cine Doré. Quizás me enamoré de Madrid en este primer momento, cuando veía la ciudad desde mi balcón, no me acuerdo. Me enamoré de su arquitectura, de su vida nocturna, de su gente que baila en la calle para celebrar el fin de semana, de su cultura, de su estilo de vida, de su comida y de sus colores. Quizás hay un fenómeno como un choque de cultura positivo, pero no tiene demasiado sentido explicar una emoción como el amor por razones lógicas.

Durante mi estancia en el hostel me levantaba tarde – claro, estaba de vacaciones. Así todos los obreros ya se habían ido a trabajar cuando yo me levantaba y siempre encontré un baño libre. Un día en la ducha inventé una canción, cantándola probablemente insoportablemente en alto y falso...

“Cuando todas las nubes oscurezcan mi corazón,

siempre bajo la ducha canto mi canción:

Voy a volver a Madrid, ¡voy a volver otra vez!

Cuando veo mi Madrid, ¡vuelvo a estar feliz!

Vivo con este deseo, soñando en español –

de la luz, la gente, las chicas y un cafelito al sol!

Pero ¡voy a volver a Madrid! ¡Voy a volver otra vez!

Y cuando veo mi Madrid, ¡vuelvo a estar feliz!

¡Espera, Tirso Molina! ¡Espera, mi Lavapiés!

¡Ya no estéis tristes, queridas! Porque voy a volver otra vez!”

No estoy seguro, pero creo que la camarera me escuchó. Recibí una mirada como una sonrisa secreta sin mover los labios y probablemente se rió bastante de los locos alemanes. Me dio mucha vergüenza, pero ¡uf! ¡No son los alemanes los que bailan en la calle por la madrugada para celebrar el fin de semana! ¿Pues cuáles son los locos?

Esta vez ponían una retrospectiva con películas de Robert Mulligan, un director casi olvidado del cine norte-americano clásico. Quedé con mis amigos Tilmanito, Anita y Manolita en la taquilla del Cine Doré. Era sábado por la noche y conseguimos las últimas entradas. La cola de la puerta de la sala se llegaba hasta el próximo cruce. En Alemania no sería posible que la proyección de una película antigua y desconocida, estuviera lleno – y no sería posible tampoco que toda la gente esperara en una cola delante de la puerta sin pelear con el codo por un espacio.

Aquí esparabamos en la calle hasta que la sala se abrió. Y lentamente la cola se movió para dentro. Para nuestra amiga Manolita era la primera vez que estaba en la filmoteca. Por primera vez conoció los “frikis” (yo no soporto esta expresión para los cinéfilos), que siempre

esperan aquí el comienzo de la peli tomando un café con un pastel o una caña con una tortilla, que son las especialidades de la pequeña cafetería. Había un grupo de los cinéfilos que son amigos de Tilmanito y Anita y vienen aquí casi todos los días – no siempre para ver algo, a veces solamente para quedar con amigos y hablar sobre películas. A la izquierda de la sala grande está la librería de la filmoteca, un cuartito de sólo unos metros cuadrados, pero lleno de libros sobre la historia del cine y – ¡uf! De repente tuve que reirme. Ahí en la ventana de la librería siempre se encuentran unas muñecas divertidas de personas famosas del cine. Hay un Woody Allen pequeño, un Hitchcock y una Marilyn – y ahora sabía la razón de mi sueño pasado y lo conté a mis amigos. ¡Qué gran ”jaja” fue! A la derecha en la pared siempre se habían encontrado hojas de información sobre cada película que ponían ese día, pero parecía que la filmoteca no puede gastar tanto dinero tampoco. Obvio la “crisis” – que solamente es un producto del neoliberalismo – había llegado aquí también. (¡Escuchádme! Al fin el neoliberalismo destruirá toda nuestra cultura. ¡Hay que acabarlo ahora mismo, hay que expropiar los bancos y las industrias!) Esta vez solamente había una hojita sobre toda la retrospectiva – Robert Mulligan es conocido por su película “Matar a un ruiseñor” con Gregory Peck y poca gente sabe que rodó muchas más. Esta noche estábamos a punto de ver “El gran impostor” con Tony Curtis del que Anita y Manolita son aficionadas. Entramos a la sala grande muy ilusionados y cuando nos sentamos delante de la pantalla de nuevo admiramos la bonita arquitectura antigua de la sala con sus sillas rojas, sus columnas clásicas y sus balcones grandes. Delante de nuestra fila un señor mayor puso su palo en el suelo y saludó a la limpiadora con la que más tarde tuvo un debate sobre la película y la salud de su hermana como probablemente cada semana – la gente aquí es como una gran familia. No puedo describir cómo me encanta eso – no es solamente el sitio, que es como un templo del arte, sino también esa atmósfera que transmite una devoción seria a un arte, la cual no se puede encontrar en un cine de popcorn. Y sin embargo es una atmósfera de felicidad.

Estábamos sentados ahí esperando, todos nosotros ilusionados y contentos por la juerga que iba a venir, los chicos en muda esperanza, las chicas en nerviosa conversación – y al fin sucedió: La luz se oscureció, la cortina lentamente se abrió, todo el ruido en la sala cesó totalmente. “El gran impostor” de Robert Mulligan comenzó, en blanco y negro y con muchos damajes de material, en la versión original con subtítulos españoles a través de videoproyección – y qué raro y divertido: Era una copia de treinta y cinco milímetros, obvio de un archivo sueco, que tenía subtítulos suecos también – ¡muy grandes y en la mitad de la imagen! Manolita, que – como ya he contado – estaba aquí por primera vez, abrió sus ojos y su boca porque nunca había visto algo tan increíble como eso en una sala del cine: Una copia rota con dos tipos de subtítulos y apenas se podían ver las caras de los actores detrás de éstos! Qué es eso, preguntó y me tuve que sonreír de nuevo. Es que eso es la maravilla de la cinefilia, del amor por las “sombras eléctricas” como dice la muy bonita expresión china para el cine, cuando uno se puede sumergir en un otro mundo. Y no solamente es un mundo de una historia sino uno de una obra de arte también, lo que unos hombres han creado. Desde esa misma noche, quizás desde ese mismo momento, Manolita es también una gran aficionada de la filmoteca.

Más tarde cuando paseábamos por la calle buscando el camino a nuestro bar favorito – que llamamos “Chez Goliath” por el nombre del propietario que es francés – fue que ocurrió: Una mujer guapísima con la bonita nariz española y el pelo salvaje salió de nuestro bar y subió a un taxi. La ví en seguida! ¡Era Penélope! ¡Penélope en Lavapiés! Naturalmente me puso muy acelerado y mis amigos empezaron a reírse. No la habían visto, pero yo estaba seguro de que ¡había sido ella! ¡Esta vez no fue un sueño, esta vez ella fue real! ¡La ví con mis propios ojos! ¡Todavía estoy seguro de eso! ¡La ví! ¡Estoy seguro que fue así!

Vale... más o menos ...

Tendría que volver a investigarlo...